

EL SEXTO SELLO



Tomo II

Por Esteban G.A.

Director Editorial e Investigación

CRÉDITOS



EL SEXTO SELLO · TOMO II

Novela del Apocalipsis

Por Esteban G.A.

Director Editorial e Investigación

Edición revisada · Colibrí Editorial EGA

Ilustraciones de la edición · Colibrí Editorial EGA

© Colibrí Editorial EGA · Todos los derechos reservados

ÍNDICE

PRÓLOGO DEL AUTOR: LA OBSESIÓN CONTINÚA	6
CAPÍTULO 1: EL NÚMERO REGRESA	8
CAPÍTULO 2: LA HERIDA MORTAL	12
SÍMBOLO V: ΧΑΡΑΓΜΑ — LA MARCA	17
CAPÍTULO 3: EL SELLO DEL SISTEMA	18
CAPÍTULO 4: EL CÓDICE AUSENTE	22
SÍMBOLO VI: ΝΕΡΩΝ ΡΕΔΙΒΙΒΥΣ — LA HERIDA QUE SANÓ	26
CAPÍTULO 5: LOS DOS CUERNOS	28
CAPÍTULO 6: BABILONIA S.A.	32
SÍMBOLO VII: DOMINUS ET DEUS	36
CAPÍTULO 7: LA DECISIÓN	37
CAPÍTULO 8: SE ABRE EL SEXTO SELLO	43
SÍMBOLO VIII: EL CÓDICE SIN APOCALIPSIS	47
EPÍLOGO	48
NOTAS DEL AUTOR: LO QUE ES REAL Y LO QUE ES NOVELA	50

*«Aquí hay sabiduría. El que tenga entendimiento,
calcule el número de la bestia,
pues es número de hombre.
Y su número es seiscientos sesenta y seis.»*

— Apocalipsis 13:18



PRÓLOGO DEL AUTOR

La obsesión continúa

Cuando publiqué el primer tomo, los lectores me hicieron la misma pregunta, con la misma mezcla de alivio y sospecha: ¿la Bestia fue vencida de verdad? Yo sonreía. Pero de noche, cuando nadie me veía, volvía al escritorio y abría los cuadernos donde guardo los griegos que no me dejan dormir.

Porque yo sabía algo que los personajes aún no sabían. Sabía que en el

griego del Apocalipsis la palabra para la marca no es un símbolo ni un signo: es χάραγμα, charagma. Grabado a fuego. La marca de los esclavos, de los soldados de Roma, del sello imperial. El número de Juan no era decoración. Era propiedad. Y luego la leyenda que Roma contó durante cien años: que Nerón no murió, que huyó al Este y volvería. Tres falsos Neronés, los Oráculos Sibílicos, y Apocalipsis 13:3: "su herida mortal fue sanada". La herida que sana. La Bestia que regresa.

Pero lo que más me inquietaba era el libro que falta. El Codex Vaticanus, la copia más antigua de la Biblia que existe, casi completa, siglo IV... no contiene el Apocalipsis. Se interrumpe en Hebreos 9:14. Como si alguien hubiera decidido, deliberadamente, que Juan no debía estar ahí. Como si el texto que falta fuera un arma que Roma prefirió enterrar.

Los lectores preguntaron si la Bestia fue vencida. Yo les respondo ahora, con la honestidad que solo permite la ficción: la obsesión no terminó con el primer tomo. Empeoró. Y esta segunda parte es la prueba de que la herida, al igual que en la profecía, siempre sana.

—Esteban G.A.

Director Editorial e Investigación

LIBRO SEGUNDO: EL REINO DE LA BESTIA



CAPÍTULO 1

EL NÚMERO REGRESA

Ocho meses después de la noche en que el cielo respondió en Roma, el profesor Samuel Weiss volvió a enseñar en Heidelberg. Nadie en la facultad preguntó por qué había desaparecido durante semanas. La universidad le devolvió la cátedra como quien devuelve un paraguas

olvidado: sin hacer ruido, sin pedir explicaciones.

Los otros marcados se habían dispersado. El rabino Baruch volvió a Jerusalén. La imam El-Fasi, a El Cairo. El padre Okafor, a Nigeria. De Lundqvist y Rivas, ni noticias. De Naomi, silencio absoluto. Ocho meses sin una llamada, sin una carta, sin una señal. Weiss la buscó en bibliotecas, en congresos, en los registros de la universidad de Tel Aviv donde ella decía haber estudiado. Naomi Kahan no existía en ningún papel. Era como si nunca hubiera pisado la tierra.

Hasta que Meridian apareció.

El conglomerado no surgió de la noche a la mañana: eso era lo elegante. Llevaba una década absorbiendo bancos, telefónicas, aseguradoras, hospitales. Pero aquel otoño anunció su proyecto definitivo: la Identidad Única Global. Una sola credencial biométrica —huella, iris, palma— para banca, viajes, salud, empleo. "El fin del fraude, el fin del olvido, el fin del caos." Los gobiernos la celebraron. Las empresas la exigieron. La gente hizo fila.

Weiss la ignoró hasta que su propio teléfono empezó a comportarse de forma extraña.

Ocurrió un martes, durante su clase sobre el griego de Juan. El teléfono vibró sobre el escritorio. Lo miró sin pensarlo. La pantalla mostraba la hora en números enormes, parpadeando. Pero no era la hora. Era 6:66. Un formato imposible. Un número que no existe en ningún reloj.

Weiss se quedó helado. Apretó el botón de apagado. La pantalla se negó. Volvió a intentarlo. El número parpadeó una vez más y desapareció. Cuando el teléfono volvió a la normalidad, eran las diez y cuatro de la mañana. Pero en la esquina superior, donde antes



estaba el icono de la batería, había una pequeña marca negra. Tres dígitos. Tres seises.

—Profesor —dijo un alumno desde la primera fila—. ¿Está bien?

Weiss guardó el teléfono. Su mano temblaba.

—Sigán leyendo —dijo—. El capítulo trece. Calcule el número.

Y entonces, a las tres de la mañana, sonó su teléfono.

No el tono habitual. Una melodía antigua, grave, que él no recordaba haber configurado. En la pantalla, sin nombre, sin país: NÚMERO DESCONOCIDO.

Weiss contestó.

Al otro lado no había voz al principio. Solo un zumbido, como el de una cueva profunda. Luego, el zumbido se ordenó en palabras.

—Profesor Weiss.

La voz era de mujer. Grave. Familiar. Imposible.

—¿Naomi?

—El número tiene un nuevo nombre —dijo la voz—. Y esta vez no viene de abajo. Viene de las pantallas. Escucha bien: en ocho días lo van a activar. Búscame en el lugar donde Juan lloró. Y trae el código. Ya no es un arma, Samuel. Ahora es un escudo.

La llamada se cortó. En la pantalla quedó una imagen, enviada desde el número desconocido: una mano abierta, la palma hacia la cámara. En el centro de la palma, grabada a fuego, la marca.

666.

Weiss miró su propio reflejo en el vidrio negro del teléfono. Y en su frente, donde ocho meses atrás la cicatriz se había desvanecido, vio que la piel empezaba a enrojecer de nuevo.



CAPÍTULO 2

LA HERIDA MORTAL

"Vi una de sus cabezas como herida de muerte, pero su herida mortal fue sanada." Apocalipsis 13:3. Weiss lo leyó en griego en su despacho, saboreando cada sílaba como un veneno conocido.

La herida mortal que fue sanada. Roma lo había entendido mucho antes que los teólogos. Cuando Nerón se clavó la daga en la garganta el 9 de junio del año 68, en una villa a las afueras de Roma, el imperio no lo creyó muerto. No podía creerlo. Los tiranos de esa talla no mueren: se esconden. Corrió el rumor de que había huido al Este, a las tierras de los partos, y que volvería al frente de un ejército para recuperar lo suyo. Tácito lo registra con la frialdad de un cronista. Suetonio lo confirma. Y los Oráculos Sibilinos —poemas apocalípticos que circulaban como panfletos clandestinos— lo prometen con júbilo sombrío: Nerón regresará.

No fue un rumor pasajero. Fue una fiebre que duró un siglo. Hubo tres falsos Nerones, y la leyenda se llamó Nerón Redivivus: Nerón que vuelve a vivir.

Weiss cerró el cuaderno. Juan no escribía metáforas inocentes. Juan escribía para gente que había visto arder Roma y que temía que el incendiario volviera. La "herida mortal sanada" era el miedo colectivo hecho profecía: el tirano que la historia no puede matar.

Y el señor César se había desintegrado en aquella azotea de Atenas. Weiss lo había visto con sus propios ojos: el cuerpo disolviéndose, el poder escapándosele entre los dedos. Pero ahora, ocho meses después, los teléfonos mostraban el número otra vez. Los conceptos no se desintegran. Solo cambian de traje.

—Meridian —dijo en voz alta, solo en su despacho—. ¿Eres tú el traje nuevo?

La respuesta llegó por correo electrónico. Remitente: una dirección criptada. Asunto: "Sé quién mueve los hilos". El cuerpo del mensaje era breve: "Soy periodista. Investigo a Meridian desde hace un año. Sé lo de Patmos, sé lo de Roma, sé lo de los marcados. Necesito hablar con usted antes de que lo silencien. —Mara Vidal, El Confidencial, Madrid."

Adjunto había un documento escaneado: un memorando interno de



Meridian, división de Identidad Global. "FASE 2: ACTIVACIÓN. Despliegue total de credenciales biométricas. Ventana de ejecución: 8 días. Firma de autorización: N.C."

N.C. Dos iniciales. Weiss sintió que el despacho se enfriaba.

Llamó a Mara Vidal esa misma noche. La voz al otro lado era joven, tensa, de quien lleva meses durmiendo poco.

—Profesor, no tengo mucho tiempo —dijo—. Meridian no es una empresa. Es una catedral. Tienen capellanes, tienen rituales, tienen un credo. Y en el centro de todo hay un hombre al que nadie ha visto nunca, pero cuya firma aparece en los documentos fundacionales. Dos iniciales. N.C.

—Lo sé —dijo Weiss—. Lo acabo de leer.

—Entonces sabe lo que viene. La Fase 2 no es un lanzamiento de producto, profesor. Es una consagración. Quieren que el mundo entero acepte la marca el mismo día. Y no van a pedirlo por las buenas.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que la Fase 1 fue la seducción: comodidad, seguridad, progreso. La Fase 2 es el ultimátum. Sin la marca, no hay banca, no hay viajes, no hay hospitales. Sin la marca, usted deja de existir para el sistema. Y el sistema es el mundo.

Colgó. Abrió el cajón inferior de su escritorio y sacó el Códice de Patmos. Lo abrió en la última página. La palabra "ARMA" latía bajo la lámpara como una brasa.

Pero antes de que pudiera leer una sola línea, la pantalla de su computadora —que estaba apagada— se encendió sola. En el centro, sobre fondo negro, tres dígitos en rojo.

Y debajo, un mensaje que no venía de ningún programa:

"TE ESTÁBAMOS ESPERANDO, PROFESOR."



X'APAΓMA — LA MARCA

La palabra griega que Juan usa para la marca de la Bestia es charagma: grabado, incisión, marca a fuego. No es un tatuaje decorativo ni un sello de cera. En el mundo romano, el charagma era la marca que se imprimía en los esclavos para identificar a su dueño, la que los soldados llevaban tatuada como prueba de lealtad a la legión, y el sello imperial que se estampaba en los documentos para declarar: esto pertenece al emperador. Cuando Apocalipsis 13:17 dice que "nadie pueda comprar ni vender sino el que tenga la marca", no describe magia: describe un sistema económico de exclusión. La marca no es el castigo. La marca es el permiso. Y el permiso, en manos del poder, siempre ha sido la forma más elegante de la esclavitud.



CAPÍTULO 3

EL SELLO DEL SISTEMA

La Fase 2 llegó sin tambores ni trompetas. Llegó con un aviso en la aplicación del banco, redactado con la cortesía de un verdugo educado: "Estimado cliente: a partir del 1 de noviembre, todas las operaciones requerirán su Credencial Meridian. Sin ella, sus cuentas quedarán en custodia temporal."

Custodia temporal. Weiss leyó la frase tres veces. Era hermosa en su obscenidad: te quitaban tu dinero y lo llamaban custodia.

Intentó pagar el alquiler con su tarjeta de siempre. Rechazada. Intentó comprar un billete de tren a Roma. Rechazado. Intentó retirar efectivo del cajero de la universidad. La pantalla mostró un mensaje amable y definitivo: "Identidad no verificada. Diríjase al centro de enrolamiento más cercano."

El centro de enrolamiento más cercano estaba a dos calles de la facultad, en un local que antes había sido una librería. Weiss pasó por delante al atardecer. La fila daba la vuelta a la manzana.

Todos esperando su turno para extender la mano sobre un escáner.
Todos sonriendo, aliviados, porque por fin alguien ponía orden en el caos.

Charagma. Grabado a fuego. Dos mil años después, la tecnología había alcanzado a la profecía.

El cardenal Montanari llamó desde el Vaticano a medianoche. Su voz sonaba diez años más vieja.

—Samuel, el Archivo está en estado de alerta —dijo—. Los sistemas de la Santa Sede cayeron ayer durante seis horas. Cuando volvieron, todos los registros mostraban la misma firma de acceso. Dos iniciales. Ya sabes cuáles.

—N.C. —dijo Weiss.

—He estado revisando los documentos de Irineo. Hay un patrón que no habíamos visto: cada vez que la marca aparece en la historia, aparece primero como conveniencia. Y cuando ya nadie puede vivir sin ella, deja de ser conveniencia y se vuelve condición. Compra o vende. Come o ayuna. Vive o desaparece.

—¿Qué hacemos, Francesco?

—Lo que hicimos la vez pasada: reunir a los marcados. Pero Samuel... dos de ellos ya no responden. Lundqvist aceptó un puesto en la división científica de Meridian. Lo vi en la lista del consejo asesor. Y Rivas... el artista... expuso la semana pasada en Ciudad



de México. Toda la muestra giraba alrededor de un solo motivo: tres dígitos. La crítica lo llamó "genial". Yo lo llamo rendición.

Weiss colgó con un nudo en el estómago. Lundqvist, el físico ateo que había dicho que el número era "un algoritmo". Seducido por el orden. Rivas, el artista. Seducido por la fama. La Bestia no necesitaba convencer a los creyentes: le bastaba con comprar a los escépticos.

Aquella noche, Weiss atrancó la puerta de su casa y se sentó a leer el Códice de Patmos bajo la lámpara. Buscaba el contra-ritual, la clave para desactivar el arma que Naomi había mencionado. Pero el texto se resistía: las páginas parecían cambiar de orden cuando no las miraba.

A las dos de la mañana, alguien llamó a la puerta. Tres golpes. Pausa. Dos golpes. El código que los marcados habían usado en Roma.

Weiss tomó un cuchillo de la cocina y abrió con la cadena puesta.

En el rellano había un hombre ensangrentado, con la ropa hecha jirones y la cara hinchada. Llevaba en la mano un maletín metálico

abollado. Levantó la mirada y Weiss vio que en su frente, apenas visible bajo la sangre seca, había una marca.

—No... no llame a nadie —jadeó el hombre—. Me llamo Ilya Sorokin. Trabajaba en Meridian. División de Activación. Sé cuándo lo van a activar. Sé cómo. Y sé por qué las marcas de ustedes... —tosió, escupió sangre— ...por qué las marcas de ustedes son receptores.

Weiss lo arrastró adentro y cerró la puerta de un portazo. Afuera, en la calle oscura, un coche sin placas arrancó en silencio y se perdió entre la niebla.

Dentro, Ilya abrió el maletín con dedos temblorosos. Dentro había un disco duro, un cuaderno lleno de diagramas y una jeringa vacía.

—Ocho días —dijo—. Faltan ocho días. Y cuando la señal salga, todas las marcas del planeta van a encenderse al mismo tiempo. Incluidas las tuyas, profesor. Incluidas las de los ocho.



CAPÍTULO 4

EL CÓDICE AUSENTE

Ilya Sorokin durmió catorce horas seguidas en el sofá de Weiss, con el maletín esposado a la muñeca. Cuando despertó, pidió café, pan y "todo lo que sepa del Codex Vaticanus". Weiss lo miró con asombro.

—¿Cómo sabes del Vaticanus?

—Porque Meridian lo sabe —dijo Ilya, partiendo el pan con manos que aún temblaban—. Y porque lo que Meridian más teme no es su código de Patmos, profesor. Es el libro que falta.

Weiss sacó de la estantería su edición facsimilar del Codex Vaticanus, el manuscrito del siglo IV, la Biblia más antigua casi completa que existe. Lo abrió por el final. El texto se interrumpía abruptamente en Hebreos 9:14, a mitad de frase.

—Todo el mundo lo sabe —dijo Weiss—. El Vaticanus no contiene el Apocalipsis. Hay docenas de teorías.

—No se perdió —dijo Ilya—. Fue suprimido. Meridian tiene un departamento entero dedicado a un solo manuscrito: la copia del Apocalipsis que el Vaticano retiró del códice en el siglo IV. La llaman "la copia ausente". Y según sus archivos, el texto que falta no es el Apocalipsis que usted conoce. Es otro. Más antiguo. Más peligroso. Contiene el contra-ritual: las palabras que deshacen la marca.

Weiss sintió que el suelo se movía. El Papiro 47 de Chester Beatty —el papiro más antiguo del Apocalipsis, siglo III— era fragmentario. El Vaticanus era completo salvo por Juan. ¿Y si la ausencia no era un accidente de la historia, sino una decisión?

Viajaron a Roma esa misma semana. Montanari los recibió en el Archivo Secreto con el rostro demacrado y una noticia peor que la anterior.

—Es verdad —dijo el cardenal, sin preámbulos—. Lo confirmé anoche en los registros de la biblioteca. En el siglo IV, por orden que no figura en ningún acta, la copia vaticana del Apocalipsis fue retirada del códice y sellada aparte. El motivo registrado es una sola palabra en latín: **periculum**. Peligro. El texto contenía instrucciones, Samuel. No profecías: instrucciones. Cómo revertir el charagma. Cómo romper el sello del sistema desde adentro. Roma decidió que la humanidad no estaba lista para saber que la marca podía deshacerse. Y la enterró.



—¿Dónde está ahora? —preguntó Ilya.

—En la bóveda profunda —dijo el cardenal—. Ni yo tengo acceso sin autorización.

La puerta se abrió sin ruido. En el umbral estaba Naomi.

Pero no era la Naomi que Weiss recordaba. Su cabello estaba más corto, sus ojos más hundidos, y su sonrisa se había vuelto algo frío, casi geológico.

—Hola, Samuel —dijo—. Has estado buscando el contra-ritual. Deja de buscarlo.

—Naomi... ¿dónde has estado? Te busqué durante ocho meses.

—He estado donde siempre estoy: entre un ciclo y el siguiente. Siéntate. Tenemos que hablar de lo que eres, de lo que soy, y de por qué la marca de tu frente está volviendo.

Weiss se sentó porque las piernas no le respondieron otra cosa.

—El ciclo —continuó Naomi— no es una maldición que se rompe. Es un mecanismo que se preserva. Cada generación cree que puede detenerlo. Cada generación descubre el número, se marca, lucha... y el ciclo continúa. Porque el ciclo no es la Bestia, Samuel. El ciclo es la humanidad aprendiendo, una y otra vez, que el poder corrompe. Sin el ciclo, no hay aprendizaje. Sin la Bestia, no hay redención. Yo no soy tu aliada en esta guerra. Soy su guardiana.

—¿Su guardiana? —susurró Weiss—. ¿De quién?

—Del ciclo —dijo Naomi, y sus ojos brillaron con una luz que no era humana ni bestial, sino algo anterior a ambas—. Ni humana ni bestia, Samuel. Soy la que se asegura de que cada generación tenga su número, su marca, su oportunidad de elegir. Y esta vez... esta vez no estoy segura de que debas intentarlo.

Weiss sintió que la marca de su frente latía, despertando.

—No puedes matar lo que no entiendes, Samuel —dijo Naomi, y se acercó hasta que su aliento le rozó la cara—. Y ya no estoy segura de que debas intentarlo.



NERÓN REDIVIVUS — LA HERIDA QUE SANÓ

*Cuando Nerón se suicidó en el año 68, Roma se negó a creerlo muerto.
El rumor de que había huido al Este y volvería con ejércitos partos
duró un siglo entero. Tácito y Suetonio lo documentan; los Oráculos*

*Sibilinos lo profetizan; tres impostores se hicieron pasar por él,
el último veinte años después de su muerte. Juan escribió para
lectores que conocían ese miedo: por eso Apocalipsis 13:3 habla de
la cabeza "como herida de muerte" cuya herida "fue sanada", y por
eso Apocalipsis 17:8 dice de la bestia "que era, y no es, y será".
La profecía no inventó el regreso del tirano: lo tomó prestado de
la leyenda más persistente de Roma. La Bestia que vuelve no es una
fantasía teológica. Es el miedo más antiguo de la civilización:
que el poder que creímos muerto solo estaba esperando.*



CAPÍTULO 5

LOS DOS CUERNOS

"Y vi otra bestia que subía de la tierra; y tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero, pero hablaba como un dragón."
Apocalipsis 13:11. Weiss leyó el versículo en el tren de vuelta a Heidelberg, con Ilya dormido frente a él y el maletín esposado a la muñeca del ruso. Dos cuernos como de cordero: apariencia de inocencia, de mansedumbre, de bondad. Pero habla como dragón.

El Orador apareció en las pantallas del tren sin que nadie lo hubiera invitado.

Era un hombre de unos cincuenta años, rostro sereno, traje gris impecable, sonrisa de quien nunca ha tenido un mal día. Hablaba en un inglés sin acento, con subtítulos automáticos en cuarenta idiomas. Detrás de él, una multitud de cien mil personas llenaba un estadio. Weiss reconoció el lugar: había sido construido por Meridian el año anterior.

—Hermanos y hermanas —decía el Orador—, el miedo es el último dictador. Durante siglos nos dividieron con fronteras, con monedas, con credos. Hoy les traigo el fin de la división. Una sola marca. Un solo pueblo. Un solo futuro.

La multitud rugió. El Orador levantó las manos y, en ese instante, del cielo del estadio descendieron columnas de fuego —pirotecnia, hologramas, nadie supo decirlo— que dibujaron en el aire tres dígitos incandescentes. La multitud enloqueció. Las cámaras captaron ancianos llorando, niños riendo, enfermos levantándose de sillas de ruedas que nadie había verificado.

"Hace descender fuego del cielo a la tierra delante de los hombres." Apocalipsis 13:13. El espectáculo mediático como señal profética. Weiss sintió náuseas.

—Es él —dijo Ilya, despertando de golpe—. La segunda bestia. El falso profeta. En Meridian lo llaman "el Orador". No manda: convence. No ordena: inspira. Su trabajo es que la gente *pida* la marca. Que la desee. Porque el sistema no funciona con obligados, profesor. Funciona con voluntarios.

—¿Por qué? —preguntó Weiss—. Si tienen el poder, ¿para qué necesitan



el consentimiento?

—Porque la marca es un receptor —dijo Ilya, abriendo el cuaderno—.

Cada marca lleva un resonador que responde a una frecuencia única.

Pero solo se activa con aceptación consciente. Es teología convertida en ingeniería: el sistema necesita que usted *quiera* pertenecerle. Sin el sí, la frecuencia no engancha. Por eso el Orador. Por eso el espectáculo. La adoración no es el premio del sistema, profesor. Es su fuente de energía.

Weiss miró por la ventana. El paisaje alemán pasaba en silencio, ajeno. Pensó en Lundqvist, seducido por el orden. En Rivas, seducido por la fama. En los cien mil del estadio, seducidos por el fuego del cielo. La Bestia no encadenaba: enamoraba.

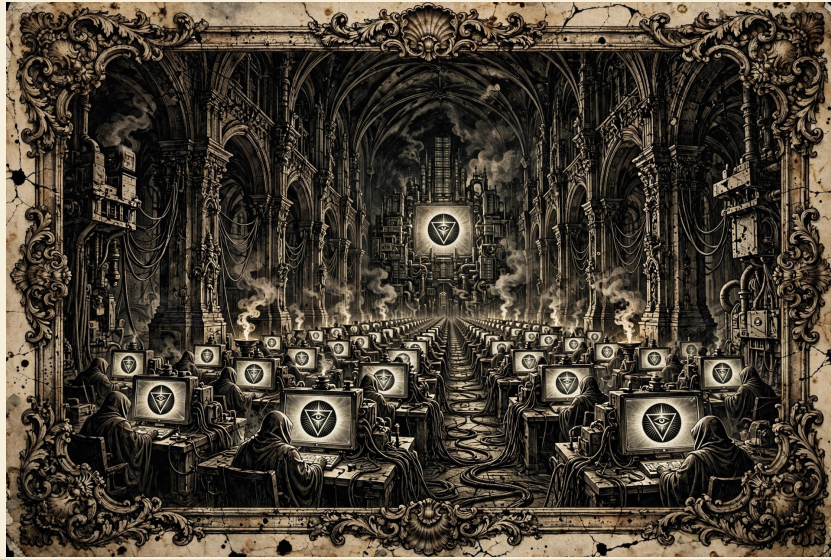
Su teléfono vibró. Mensaje de Mara Vidal: "Profesor, encontré los documentos fundacionales de Meridian. Constitución de 1998, actas, pactos. Todos firmados por la misma mano. Dos iniciales: N.C. Pero hay algo más. La firma no ha cambiado en veintiocho años. Ni un trazo. Como si el tiempo no pasara por esa mano. Le mando foto."

La foto llegó. Weiss la amplió. La firma era elegante, antigua, de otra época. Y al pie del documento fundacional, bajo las iniciales, había una fecha escrita a mano con tinta diferente, más reciente:

"Fase 2: Activación. En tres días."

Ilya miró la fecha por encima del hombro de Weiss y palideció.

—Tres días —susurró—. Entonces ya movieron la ventana. Profesor... tenemos que reunir a los marcados. Ahora. Antes de que la señal salga. Porque cuando salga, las marcas de ustedes van a encenderse, y no sé si van a poder resistirla.



CAPÍTULO 6

BABILONIA S.A.

La "catedral de datos" de Meridian no estaba en ningún mapa. Ilya la describió como un búnker bajo un parque eólico en el mar del Norte: tres niveles subterráneos, refrigeración por agua de mar, y en el corazón, el Núcleo: un servidor cuántico del tamaño de una catedral gótica que latía con luz propia.

—No podemos entrar por la fuerza —dijo Ilya—. Pero no hace falta. El Núcleo tiene una puerta trasera. Yo la instalé. Fui yo quien la diseñó, ¿entiende? Yo puse la cerradura y guardé una llave.

El plan era simple y suicida: Ilya y Mara entrarían como técnicos de mantenimiento durante el cambio de turno; Weiss esperaría fuera con el Códice de Patmos y un transmisor. El objetivo no era destruir el Núcleo —"eso sería como apagar el océano", dijo Ilya— sino extraer los registros de la Fase 2: la lista de frecuencias, la hora exacta de la señal, y la prueba de quién era N.C.

Entraron a las 3:00 de la mañana. Weiss, desde el coche alquilado a

dos kilómetros, escuchaba por el auricular la respiración de Mara, el eco de los pasillos, el zumbido del Núcleo creciendo como un corazón gigante.

—Dios mío —susurró Mara—. Profesor... las paredes están cubiertas de pantallas, miles, mostrando lo mismo: manos. Millones de manos extendidas, con la marca brillando. No es una sala de servidores. Es un templo.

La voz de Ilya sonó tensa en el auricular: —Encontré los registros. La señal sale en cuarenta y ocho horas. Y hay algo más... el Núcleo no está procesando datos. Está *contando*. Cada vez que alguien pide la marca voluntariamente, el Núcleo se alimenta.

Weiss cerró los ojos. Apocalipsis 13:15: la bestia que "hace que la imagen de la bestia hable". No era una estatua que cobraba vida. Era un sistema que pedía ser amado.

—Salgan de ahí —dijo—. Ya tienen lo que necesitábamos.

Pero ya era tarde. Las alarmas no sonaron: eso fue lo aterrador. Las luces simplemente cambiaron de color, de azul a rojo, y una voz amable llenó los pasillos:

"Personal no autorizado en el nivel tres. Por favor, diríjanse al centro del Núcleo para su enrolamiento."



Corrieron. Weiss escuchó pasos, un portazo blindado, la voz de Mara jadeando:

—¡Ilya se quedó atrás! ¡Cerró la puerta desde adentro para que yo saliera! ¡Profesor, lo tienen!

El auricular se llenó de estática. Después, silencio. Después, una voz que Weiss conocía demasiado bien: grave, fría, con la dicción perfecta de quien ha ensayado cada palabra durante dos mil años.

—Profesor Weiss. Su ingeniero está a salvo. De hecho, está en casa. Siempre estuvo en casa. Dígle a la señorita Vidal que su reportaje será publicado. Queremos que el mundo se divida. La división también es adoración: hasta los que nos odian piensan en nosotros.

—¿César? —susurró Weiss.

—N.C. —dijo la voz—. Llámeme por mis iniciales. Son más honestas que mis nombres. Mañana, profesor, a las doce del mediodía, hora de Greenwich, todas las pantallas del planeta mostrarán mi rostro. Y diré las palabras que Juan escribió hace dos mil años, traducidas al lenguaje de hoy. Escúchelas bien, porque son para usted.

La llamada se cortó. Mara llegó al coche una hora después, empapada, temblando, con el disco de los registros apretado contra el pecho. Lo habían logrado: tenían la hora, la frecuencia, la prueba.

Pero a las doce del día siguiente, hora de Greenwich, el mundo se detuvo.

En cada pantalla del planeta —teléfonos, televisores, vallas publicitarias, relojes, cajeros, hasta las pantallas de los aviones en pleno vuelo— apareció el mismo rostro. Traje negro. Mirada intensa. Dientes demasiado perfectos.

El señor César sonrió a ocho mil millones de personas.

—Ciudadanos del mundo —dijo, y su voz salió de todos los altavoces a la vez, en todos los idiomas a la vez—. Mañana recibirán su marca. O no recibirán nada.

DOMINUS ET DEUS

Domiciano, el emperador que gobernó Roma del 81 al 96 —los años en que se escribió el Apocalipsis—, exigía ser llamado "dominus et deus": señor y dios. Suetonio lo registra en su Vida de Domiciano (13): el emperador ordenaba que sus cartas comenzaran con esa fórmula, y quien no lo adoraba como dios era enemigo del Estado.

Juan no escribía contra un símbolo abstracto: escribía contra un hombre que pedía adoración obligatoria y la cobraba con la muerte.

Dos mil años después, la fórmula sobrevive. Ya no se exige en cartas imperiales, sino en términos y condiciones. Ya no se pide de rodillas, sino con la palma extendida. Pero el precio es el mismo: adórame, o no compres ni vendas.



CAPÍTULO 7

LA DECISIÓN

Weiss pasó la noche anterior a la Activación en la iglesia abandonada de las afueras de Roma, la misma donde los ocho marcados se habían reunido ocho meses atrás. Ahora solo quedaban seis sillas ocupadas. Lundqvist estaba en el consejo asesor de Meridian. Rivas exponía tres seises en Ciudad de México. Ilya estaba prisionero en la catedral de datos.

Sobre la mesa de piedra, el Códice de Patmos. Abierto en la última página. La palabra "ARMA" ya no sangraba: ardía, con un resplandor rojizo que iluminaba los rostros de los seis.

—Tenemos los registros —dijo Mara, que había llegado de Madrid esa tarde—. La señal sale mañana al mediodía. Frecuencia global. Cuando salga, todas las marcas del planeta se van a encender. Incluidas las de ustedes. Ilya dice que son receptores. Dice que no sabe si van a poder resistirla.

—Entonces usemos el código —dijo el padre Okafor—. Si es un arma, disparémosla.

—Si es un arma —dijo el rabino Baruch—, ¿contra quién apunta?

Weiss no respondió. Llevaba horas mirando la palabra, y por primera vez en ocho meses entendió lo que el monje copto había querido decir en El Cairo, lo que Naomi había susurrado en Patmos, lo que la palabra fresca en el pergamino llevaba gritando todo este tiempo.

El código no era un arma contra la Bestia. Era un arma contra el olvido: la advertencia escrita para que cada generación supiera que el número vuelve. Destruirlo sería borrar la advertencia para siempre. Usarlo sería pelear... pero ¿cómo se pelea contra algo que necesita ser amado para existir?

—Hay una tercera opción —dijo una voz desde la puerta.

Naomi entró en la iglesia. Su figura parecía vibrar en los bordes, como si la luz no supiera dónde terminaba ella y empezaba el aire.

—Destruyelo —dijo, señalando el código—. Borra la advertencia. Deja que esta generación elija sin el peso de las anteriores. O úsalo y pelea una guerra que ya se peleó cien veces, con el mismo final. Pero antes de elegir, Samuel, debes saber qué soy. Te lo debía desde Patmos.

Se acercó a la mesa. Su sombra, bajo la luz del código, no tenía forma humana: era un círculo. Un ciclo.



—Soy la Guardiania del Ciclo —dijo—. Ni humana ni bestia. Existo desde que el primer hombre marcó a otro hombre como suyo. Mi tarea no es salvarlos ni condenarlos: es que el ciclo continúe, para que cada generación tenga su número, su marca y su oportunidad de elegir. Sin la Bestia, no habría elección.

—¿Por qué me lo dices ahora? —preguntó Weiss.

—Porque te quiero, Samuel. A mi manera imposible, te quiero. Y quiero que tu elección sea libre, no manipulada por mí. Si destruyes el código, el ciclo seguirá, pero a ciegas. Si peleas, pelearás sabiendo que no puedes ganar para siempre. Solo puedes ganar esta vez. Como todas las veces.

Weiss miró a los cinco marcados que quedaban. El rabino, la imam, el sacerdote, la monja. Y Mara, la periodista, que no estaba marcada pero había elegido estar ahí, que era quizás la más valiente de todos.

Tomó el Código de Patmos entre sus manos. Pesaba como un pecado, como en el barco del Egeo, ocho meses y una eternidad atrás.

—No voy a destruir la memoria —dijo—. Y no voy a pelear como un dios. Voy a pelear como un hombre. Con la única arma que los hombres tenemos contra los dioses que piden adoración: negarnos a adorarlos.

Levantó el código hacia la cúpula rota. La palabra "ARMA" estalló en luz blanca. Y en ese instante, al mediodía en punto, el cielo sobre Roma se oscureció como si alguien hubiera corrido una cortina sobre el sol.

Los seis miraron hacia arriba. Las estrellas empezaban a verse a mediodía. El aire olía a tormenta y a incienso.

—Ya empezó —susurró la hermana Ananda—. El sexto sello.

Y en todas las pantallas del mundo, el rostro de César sonrió, y la señal de activación salió hacia los satélites como una orden dada en el principio de los tiempos.



CAPÍTULO 8

SE ABRE EL SEXTO SELLO

"Y miré cuando abrió el sexto sello, y he aquí hubo un gran terremoto; y el sol se puso negro como tela de cilicio, y la luna se volvió toda como sangre; y las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra... Y el cielo se enrolló como un pergamino que se enrolla." Apocalipsis 6:12-14.

Weiss había enseñado ese pasaje durante veinte años. Lo había

analizado en griego, en hebreo, en arameo. Había escrito artículos sobre el simbolismo del cilicio y la astronomía de la luna de sangre. Nunca imaginó que lo vería con los ojos abiertos, a mediodía, en una iglesia en ruinas a las afueras de Roma.

El terremoto llegó primero: no un temblor, sino un rugido que subió desde las profundidades, como si la tierra misma estuviera despertando. Las paredes de la iglesia crujieron. Los vitrales rotos tintinearón. Afuera, en la carretera, los coches se detuvieron solos, sus pantallas mostrando el rostro de César una y otra vez.

Luego el sol se apagó. No se nubló: se apagó, como una lámpara a la que le cortan la corriente. El cielo se volvió de un negro aceitoso, y las estrellas —las estrellas a mediodía— cayeron en cascadas de luz que no eran meteoros sino algo peor: eran las marcas. Millones de marcas encendiéndose a la vez en las palmas de la humanidad, respondiendo a la señal, cada una un punto de luz en la oscuridad, cada una un sí pronunciado al unísono.

La luna salió entonces, enorme y roja como una herida abierta.

En las pantallas, César ascendía. No caminaba: ascendía, sobre una plataforma de luz en el estadio de Meridian, ante cien mil fieles arrodillados y ocho mil millones de testigos. El Orador estaba a su lado, con los brazos abiertos, llorando de júbilo.

—El mundo es uno —decía César, y su voz salía de cada altavoz del planeta—. El caos ha terminado. Arrodíllense... y sean libres.

Y el mundo, en su mayoría, se arrodilló.

Pero en la iglesia en ruinas, seis personas permanecían de pie.

Weiss sostenía el Códice de Patmos contra su pecho. La marca de su



frente ardía, latía, le exigía que se arrodillara, le susurraba que la paz estaba a un sí de distancia. A su lado, el rabino Baruch rezaba en hebreo. La imam El-Fasi, en árabe. El padre Okafor levantaba una cruz de madera. La hermana Ananda meditaba con los ojos cerrados. Y Mara Vidal, sin marca, sin protección, sostenía la mano de Weiss y no la soltaba.

—Ahora —dijo Naomi.

Estaba junto a Weiss, y por primera vez su voz no era fría ni geológica: era la voz de alguien que se despide.

—El ciclo me obliga a preservarlo, Samuel. Pero nadie me obliga a callar. Escucha. El nombre verdadero. El que Juan ocultó detrás del número. El que ni César se atreve a pronunciar, porque pronunciarlo es limitarlo, y él quiere ser ilimitado.

Se inclinó hacia su oído. El terremoto amainó, como si la tierra misma contuviera la respiración. Las estrellas dejaron de caer. La luna de sangre pareció detenerse en el cielo.

Naomi susurró el inicio del nombre. Dos sílabas. Solo dos. El aire se quebró alrededor de ellas como un cristal.

Weiss sintió que el Códice de Patmos se abría solo entre sus manos, las páginas pasando a una velocidad imposible, buscando, buscando, hasta detenerse en una página que nunca había visto, escrita con una tinta que no era tinta sino luz.

Y entonces, sobre el mundo arrodillado, bajo el sol negro y la luna de sangre, mientras César extendía los brazos para recibir la adoración de ocho mil millones de almas...

...el cielo se enrolló como un pergamino.

Y entonces, el nombre fue pronunciado.

EL CÓDICE SIN APOCALIPSIS

El Codex Vaticanus, copiado en el siglo IV y conservado en la Biblioteca Vaticana, es la Biblia más antigua casi completa que existe. Casi: se interrumpe en Hebreos 9:14 y no contiene el Apocalipsis. Tampoco lo contienen las primeras ediciones que de él derivaron. El libro más temido del Nuevo Testamento falta en el manuscrito más prestigioso de la cristiandad. Los eruditos hablan de accidente, de cuadernillos perdidos, de daño. Pero el Papiro 47 de Chester Beatty —siglo III, el papiro más antiguo del Apocalipsis— demuestra que el texto circulaba y se copiaba en esa época. ¿Por qué el código más cuidadoso del imperio cristiano omite justo el libro que habla del número, de la marca y de la bestia que exige adoración? La novela propone una respuesta; la historia, todavía, guarda silencio.



EPÍLOGO

El mundo amaneció bajo un sol oscurecido.

No era de noche ni de día: era un crepúsculo permanente, color ceniza, que los noticieros llamaban "fenómeno atmosférico sin precedentes" y que los ancianos, en los pueblos, llamaban por su nombre verdadero sin atreverse a decirlo en voz alta.

Las ciudades funcionaban. Los trenes corrían. Los bancos abrían. Pero en cada ventanilla, en cada puerta, en cada hospital, había un escáner esperando una palma. Y las palmas, dóciles, se extendían.

Los marcados que resistieron se escondieron. En sótanos, en iglesias en ruinas, en cuevas como la de Patmos. El rabino Baruch escribía de noche el testimonio de lo que había visto. La imam El-Fasi guiaba a los suyos por rutas que no aparecían en ningún mapa. El padre Okafor celebraba misas clandestinas para fieles sin marca. Mara Vidal publicaba desde servidores ocultos, y cada artículo terminaba con la misma frase: "La marca solo funciona si

usted la pide. No la pida."

Ilya Sorokin seguía prisionero en la catedral de datos. O eso creían. A veces, en las frecuencias muertas de la radio, se escuchaba una voz rusa recitando números: coordenadas, frecuencias. Mensajes para los que supieran escuchar.

Lundqvist y Rivas no volvieron. Nadie sabía si podían volver.

Y Samuel Weiss caminaba por las colinas de las afueras de Roma con el Códice de Patmos en la mochila, la marca ardiendo en su frente como una brasa que se negaba a apagarse, y dos sílabas grabadas en la memoria como un juramento.

Naomi se había ido con el amanecer ceniciento. Antes de partir, le había tomado la cara entre las manos y le había dicho:

—El nombre está incompleto, Samuel. Te di el inicio para que puedas pelear. El resto... el resto lo encontrarás en el siguiente sello del ciclo. O no lo encontrarás nunca. Esa es la apuesta.

—¿Volveré a verte? —había preguntado él.

—El ciclo siempre vuelve —había respondido ella—. Esa es mi maldición y mi promesa.

Weiss se detuvo en lo alto de la colina. Abajo, Roma se extendía bajo el sol negro, con sus cúpulas y sus antenas, sus iglesias y sus escáneres. En algún lugar, en una pantalla, el rostro de César seguía sonriendo.

Weiss abrió el código en la página de luz. Las dos sílabas pulsaban como un corazón.

—Todavía no —susurró—. Todavía no es el final.

Porque el séptimo sello aún no se había abierto. Y cuando se abra, habrá silencio en el cielo.

NOTAS DEL AUTOR

Lo que es real y lo que es novela

Como en el primer tomo, separo la investigación de la ficción. Todo lo que sigue puede verificarse; lo que no aparece aquí, es novela.

LO QUE ES REAL:

- χάραγμα (charagma) es la palabra griega de Apocalipsis 13:16-17 para la marca de la Bestia. Significa grabado, marca a fuego. En el mundo romano se usaba para las marcas de esclavos, los tatuajes de los soldados y los sellos imperiales en documentos. Apocalipsis 13:17: "que nadie pueda comprar ni vender, sino el que tenga la marca".

- La leyenda de Nerón Redivivus: tras el suicidio de Nerón en el año 68 d.C., Roma creyó durante décadas que había huido al Este y que regresaría. Hubo tres falsos Nerones (bajo Vespasiano, Tito y Domiciano). Lo documentan Tácito y Suetonio; lo profetizan los Oráculos Sibilinos.

- Apocalipsis 13:3: "Vi una de sus cabezas como herida de muerte, pero su herida mortal fue sanada". Apocalipsis 17:8: "la bestia que era, y no es, y será".

- Domiciano exigía ser llamado "dominus et deus" (señor y dios), según Suetonio (Vida de Domiciano, 13). Gobernó del 81 al 96, los años en que se escribió el Apocalipsis.

- El Codex Vaticanus (siglo IV, Biblioteca Vaticana) contiene casi toda la Biblia pero NO el Apocalipsis: se interrumpe en Hebreos 9:14.

- El Papiro 47 de la colección Chester Beatty (siglo III) es el

papiro más antiguo del Apocalipsis que se conserva.

- Victorino de Petau escribió hacia el año 260 el comentario latino más antiguo del Apocalipsis que se conserva.

LO QUE ES NOVELA:

- Todos los personajes de este tomo: Weiss, Naomi, César, el cardenal Montanari, los ocho marcados, Mara Vidal, Ilya Sorokin y el Orador. Ninguno existió.

- El conglomerado Meridian, la Identidad Única Global, la catedral de datos y la Fase 2 de activación.

- El Códice de Patmos con la lectura 616, el Codex Tenebrarum como "mapa" y el fragmento apócrifo atribuido a la escuela de Irineo.

- La "copia ausente" del Apocalipsis suprimida del Codex Vaticanus y el "contra-ritual". La ausencia es real; su explicación, ficción.

- La Guardiania del Ciclo: invención del autor para darle rostro al eterno retorno del número.

- El nombre verdadero susurrado al final: no se revela en este tomo. Es la promesa —y la deuda— del Tomo III.

—Esteban G.A.

Director Editorial e Investigación

FIN DEL TOMO II



El séptimo sello aún no se ha abierto.



La saga continúa: el mundo se
desmorona mientras los sellos se
abren uno a uno y la humanidad
enfrenta su hora más oscura.

Tomo II de la novela apocalíptica
de Esteban G.A.

